

cerrado el camino por un palacio moderno. Quién ha tenido la maldita idea de levantar ese edificio en medio del jardín de los Califas?

—Carlos V.

—Era un vándalo. No le había perdonado aún la iglesia gótica que plantó en la mezquita de Córdoba, y ahora esta barraca acaba de hacérmelo antipático con toda su corona y toda su gloria. Pero, en nombre del cielo: dónde está la Alhambra?

—Allí.

—Qué quiere decir allí?

—En aquellas casuchas.

—Pero, hombre...!

—Le doy á V. mi palabra de honor.

Crucé los brazos y me quedé mirándolo. El se echó á reir.

—De modo,—exclamé,—que este gran nombre de la Alhambra no es más que charlataneria hiperbólica de los poetas! Yo, Europa, el mundo, hemos sido miserablemente engañados! Y valía la pena de soñar en la Alhambra trescientas sesenta y cinco noches seguidas, para venir luego á ver un grupo de chozas con cuatro columnas rotas y cuatro inscripciones ahumadas?

—Cuánto gozo!—respondió Góngora soltando una carcajada.—Ea, venga V. á persuadirse de que no hemos engañado al mundo: entremos en esas chozas.

Entramos por una pequeña puerta, atravesamos un corredor, y salimos á un patio. Yo estreché la mano á Góngora con vivísimo movimiento, y él me preguntó entónces con aire de triunfo:

—Se ha convencido V.?

No le respondí ni le oí siquiera: estaba ya muy léjos de él. La Alhambra habia comenzado á ejercer sobre mí aquella fascinacion misteriosa y profunda á que nadie puede escaparse y que nadie sabe expresar.

Nos encontrábamos en el patio de los Arrayanes, que es el más extenso del edificio, y que ofrece reunidos el aspecto de una sala, de un patio y de un jardin. A lo largo del patio se extiende una gran balsa de forma rectangular, llena de agua y rodeada de un seto, en la cual se reflejan como en un espejo los arcos, los arabescos y las inscripciones de las paredes. A la derecha, conforme se entra, hay dos órdenes sobrepuestos de arcos moriscos sostenidos por ligeras columnas; en la parte opuesta al patio se alza una torre, por cuya puerta se ven los aposentos interiores medio oscuros, las ventanillas ojivales, y del otro lado de las ventanas el azul del cielo y las crestas de los montes lejanos. Las paredes están adornadas con magníficos mosaicos hasta cierta altura del suelo, y del mosaico para arriba con arabescos de finísimo dibujo, que parecen tremolar y cambiarse á cada paso: entre los arabescos y á lo largo de los arcos se extienden, serpentean y se cruzan como guirnaldas diversas inscripciones árabes que contienen saludos, imágenes y leyendas.

Junto á la puerta de entrada se lee en caracteres cúficos:—Salud eterna.—Bendicion.—Prosperidad.—Felicidad.—Loado sea Dios para beneficio del Islam.

En otro sitio está escrito:—Busco mi refugio en el Señor de la Aurora.—Más allá:—Oh Dios! A ti se deben gracias eternas y loores imperecederos.

Por otras partes hay versículos del Corán y poesías enteras en homenaje á los Califas.

Estuvimos algunos minutos mirando sin despegar los lábios. No se sentía el ruido de una mosca. Góngora hacía de cuando en cuando un movimiento como para dirigirse á la torre, y yo le detenía por el brazo, notando al sujetarlo que lo estimulaba la impaciencia.

Es preciso aligerar,—me dijo finalmente,—porque de otro modo no volveremos á Granada ántes de la noche.

—Pero qué sé yo de Granada!—le respondí;—qué sé yo de noche, ni de mañana, ni de mí mismo! Estamos en Oriente.

—No está V. más que en la antecámara de la Alhambra, mi querido árabe,—añadió Góngora empujándome hácia delante.—Venga V., venga V. conmigo; que ya verá si estamos ó no estamos en Oriente.

Y me condujo, casi por fuerza, hasta la puerta de la torre. Volvimos allí para mirar de nuevo el patio de los Arrayanes, y se me escapó una voz de asombro. Entre dos columnillas de la galería arqueada que está frente á la torre, de la otra parte del patio, asomaba una muchacha, hermosa cara morena de andaluza, con un manto blanco anudado en torno de la cabeza, el cual le caía luego por las espaldas: se habia apoyado en el pretil en actitud

melancólica y con los ojos fijos sobre nosotros. No se puede decir el efecto fantástico que producía aquella figura en aquel punto; la gracia que le prestaban el arco encorvado sobre su frente y las dos columnas que le servían de marco; la linda armonía que daba á todo el patio, casi como si fuera un adorno necesario de la arquitectura ideado por el arquitecto en el momento mismo de concebir su plan. Parecía una sultana que esperase á su señor pensando en otro mundo y en otros amores. Continuaba mirándonos, y yo comenzaba á estremecerme y á interrogar con los ojos á mi amigo, como para asegurarme de que veía bien, cuando la sultana se echó á reír de pronto, bajó el manto y desapareció del patio.

—Es una criada,—dijo Góngora.

Se me cayó el alma á los piés.

Era realmente una criada del administrador de la Alhambra, que solía dar aquella broma á los extranjeros.

Subimos á la torre llamada torre de Comares ó vulgarmente de los Embajadores.

El interior está dividido en dos salas, la primera de las cuales se llama de la Barca: dicen unos que este nombre le viene de su forma, y otros que la llamaban los árabes sala de la *baraka*, ó bendición, palabra contraída luego por el pueblo en el discurso del tiempo. Como quiera que sea, no parece ya obra humana dicha sala: es toda un prodigioso bordado de guirnaldas, rosetones, ramos y hojas que en todas partes y por todos sentidos cubren la bóveda,

los arcos y las paredes, espesos, retorcidos, sobrepuestos unos á otros, y sin embargo admirablemente distintos entre sí, y combinados de manera que acuden juntos á la vista repentinamente, aturdiendo por su magnificencia y encantando por su gracia. Me acerqué á una pared, fijé los ojos en la extremidad de un arabesco, y probé si lograría seguir sus vueltas y revueltas en las paredes. Es imposible: los ojos se pierden, la imaginacion se turba, y todos los arabescos parecen moverse y confundirse desde el pavimento á la bóveda para arrancaros el hilo de su red inextricable. Podeis hacer un esfuerzo para no distraer la vista; concentrar toda vuestra atencion en sólo un palmo de pared; meter la cara encima y seguir el hilo con los dedos: es inútil; porque al cabo de un minuto se desordenan los adornos, se extiende un velo entre la vista y el muro, y se os caen los brazos. La pared parece tejida como el paño, crespa como el bordado, calada como el encaje: no se puede mirar de cerca, ni fijar en la memoria su dibujo: sería como contar las hormigas en un hormiguero. Es preciso resignarse á contemplar los muros con una mirada vaga, descansar despues, mirar nuevamente, y descansado, pensar y ocuparse en otras cosas. Despues de haber ojeado un poco, con el aire del hombre preso más bien del mareo que de la admiracion, me volví hácia Góngora para que leyese en mi rostro lo que hubiera querido decirle.

—Vamos á la otra choza,—contestó sonriendo.

Y me empujó hácia la gran sala de los Embajado-

res, la cual ocupa todo el interior de la torre; porque verdaderamente la sala de la Barca pertenece á un pequeño edificio que no forma parte de ella, si bien está unido al principal.

Este salon de los Embajadores, que es de forma cuadrada y espacioso, recibe la luz por nueve grandes ventanas de arco en forma de puertas, las cuales ofrecen casi el aspecto de otras tantas alcobas, segun es grande el espesor de sus muros: en la parte de afuera cada ventana está dividida por una columna de mármol que soporta dos arcos elegantes, y los arcos están á su vez coronados por dos pequeñas ventanas ojivales. Las paredes cubiertas de mosaicos y arabescos indescriptiblemente delicados y multi-formes, y de innumerables inscripciones que se extienden á manera de anchas cintas bordadas sobre los arcos de las ventanas, por los ángulos, á lo largo de los rebordes, y en derredor de los huecos donde se ponian pebeteros llenos de flores y de aguas aromáticas. El techo, que se eleva á gran altura, compónese de piezas de cedro blancas, doradas y azules reunidas en figura de círculos, estrellas y coronas, y formando bóvedas, celdillas y ventanas infinitas por las cuales descende una luz vaga: de la cornisa que enlaza el techo con las paredes, cuelgan pedazos de estuco faceteados y adornados á modo de estalactitas y montones de flores. El trono se apoyaba en la ventana de en medio, frente á la puerta de entrada. Por aquella parte se goza de la magnífica vista del valle del Darro, profundo y silencioso, como si tambien él sintiera la fascinacion de la Alhambra.

Desde las ventanas de los otros dos lados se ven las murallas y las torres de la fortaleza; desde la parte por donde se entra, en lontananza, los arcos ligeros del patio de los Arrayanes, y las aguas de la balsa que reflejan el azul del cielo.

—Vamos,—me preguntó Góngora;—¿valía la pena de soñar con la Alhambra trescientas sesenta y cinco noches?

—Es raro,—le contesté,—lo que me sucede en este momento. Ese patio conforme se ve desde aquí, esa sala, esas ventanas, esos colores, todo lo que nos rodea, me parecen cosas ya conocidas: responden á una imágen que tenia en la cabeza, no sé desde cuándo, no sé cómo, confundida en medio de otras mil; nacida acaso en un sueño, qué se yo! A los diez y seis años, cuando estaba enamorado, y mirándonos fijamente en los ojos aquella niña y yo, solos, en un jardin, á la sombra de un cenador, dejábamos escapar sin advertirlo un grito de alegría, que nos asustaba como si saliera de labios de una tercera persona que hubiese descubierto nuestro secreto, deseaba á menudo ser rey y tener un palacio. Pero dando forma á mi deseo, la imaginacion no se detenía nunca en las grandes mansiones doradas de nuestros países, sino que volaba á tierras lejanas; y allí, sobre la cúspide de una montaña altísima, se labraba á su modo una mansion en la cual todo era elegante y pequeño, y todo estaba alumbrado por una luz misteriosa; donde habia larga série de habitaciones decoradas con mil adornos caprichosos, y delicadas ventanas á que sólo nosotros dos hubiéramos

podido asomarnos, y pequeñas columnas que apenas bastasen para ocultar el rostro de aquella criatura cuando hubiese querido hacerme una burla amorosa, al sentir acercarse de sala en sala el ruido de mis pasos, ó resonar mi voz entre el murmullo de las fuentes del jardín. Construyendo con la fantasía aquel sitio real, construía sin saberlo la Alhambra. En aquellos momentos he imaginado algo semejante á estas salas, á estas ventanas, á ese patio que se ve desde aquí: tan semejante, que cuanto más miro en torno, mejor lo recuerdo; y me parece reconocer el lugar, en vez de contemplarlo por vez primera. No hay hombre que no sueñe un poco de Alhambra cuando se está enamorado; y si los sueños pudieran traducirse en líneas y en colores, producirían cuadros que llamarían la atención por su semejanza con todo lo que se ve aquí. Esta arquitectura no expresa el poder, ni la gloria, ni la grandeza; expresa el amor y la voluptuosidad: el amor con sus misterios, con sus caprichos, con sus efervescencias, con sus arranques de gratitud hácia Dios; la voluptuosidad con sus melancolías y sus silencios. Hay verdaderamente un lazo íntimo, una armonía perfecta entre la belleza de esta Alhambra y el alma de los que han amado á la edad de diez y seis años, cuando los deseos son todos sueños y visiones. De ahí nace la fascinación indescriptible que esta belleza produce; de ahí que la Alhambra, aunque desierta y medio destruida, sea siempre la mansión régia más encantadora del mundo; de ahí que los extranjeros se despidan de ella con lágrimas. Es porque

saludando la Alhambra se dá el último adios á nuestros más hermosos sueños juveniles, que renacen por última vez entre sus muros; se dá un adios á los rostros inmensamente queridos que han roto el olvido de muchos años, para aparecer por última vez también entre las columnillas de esas ventanas; se dá un adios á todos los fantasmas de la juventud; se dá un adios al amor aquel que no vuelve nunca.

—Es verdad,—respondió mi amigo.—Pero, qué dirá V. cuando haya visto el patio de los Leones? Venga V.; corramos.

Salimos apresuradamente de la torre, cruzamos el patio de los Arrayanes, y llegamos delante de una puertecilla que está frente á la de entrada.

—Deténgase V.—gritó Góngora.

Me detuve.

—Hágame V. un favor.

—Ciento.

—Uno sólo: cierre V. los ojos, y no los abra hasta que yo le avise.

—Ya están cerrados.

—Pero cuidado, que observo. Me disgustaría V. si los abriese.

—No hay que temerlo.

Góngora me cogió de la mano y me llevó adelante. Nos detuvimos á los quince pasos, y dijo con voz conmovida:

—Mire V.

Miré, y... lo juro sobre la cabeza de mis lectores: sentí humedecidas las mejillas por dos lágrimas. Estábamos en el patio de los Leones.

Si me hubieran hecho salir en aquel mismo momento por donde habia entrado, creo que no hubiese podido decir lo que acababa de ver. Un bosque de columnas; confusion de arcos y de adornos; elegancia indefinible, delicadeza inimitable, riqueza prodigiosa; un no sé qué de aéreo, trasparente y ondulante como un gran pabellon de encaje; apariencias de edificio que va á disolverse con un soplo; variedad de luces y perspectivas, oscuridad misteriosa, desórden caprichoso de cosas pequeñas, majestad de palacio, alegría de kiosco, gracia amorosa, extravagancia, delicia, fantasía de mujer apasionada, sueño de un ángel, una locura, una cosa sin nombre. Tal es el primer efecto de aquel patio.

No es más espacioso que un gran salon de baile; la forma es rectangular, y las paredes tan altas como una casa andaluza de un solo piso. Alrededor tiene un ligero pórtico sustentado en esbeltísimas columnas de mármol blanco, las cuales están agrupadas con simétrica desigualdad, de dos en dos, de tres en tres. Estas columnas carecen casi de pedestal, de modo que semejan troncos de árboles posados en tierra: sus capiteles son variadísimos, altos y sutiles á manera de pequeños pilares, y sobre ellos se encorvan ligeros arcos de graciosísima forma, que más bien que apoyados parecen suspendidos encima de las columnas, como cintas y guirnaldas colgantes sostenidas por ellas. En medio de los lados más cortos, se avanzan dos grupos de columnas que forman templetos cuadrados, cada uno con nueve arcos, y terminando ambos en una cúpula multicolor. Las

Paredes de estos templetos y la exterior del pórtico son un verdadero encaje de estuco; están llenas de bordados, orlas y recortes; perforadas de una parte á otra; transparentes como un trabajo de malla que cambia de diseño á cada paso: sus arabeseos forman aquí flores, allá estrellas, más allá escudos, tableros, figuras poligonales cuajadas de menudísimos adornos; por un lado terminan en dientes, en crestas ó en festones; por otro forman cintas ondeantes que van siguiendo los arcos, y de las cuales penden figuras de estalactitas, franjas y dijes, que parece deben oscilar y deshacerse al más ligero soplo del aire. Anchas inscripciones árabes corren á lo largo de los cuatro muros, sobre los arcos, en torno de los capiteles y por las paredes de los templetos. En medio del patio se alza una gran pila de mármol, sostenida por doce leones y rodeada de un pequeño canal enlosado, de donde salen otros cuatro más pequeños, que describiendo una cruz hácia los lados del patio mismo, atraviesan luego el pórtico, entran en las salas inmediatas y se unen á los demás conductos de agua que recorren todo el edificio. Detrás de los templetos, y á la mitad de los otros dos lados, aparecen las habitaciones, con grandes puertas abiertas que dejan ver el fondo oscuro, sobre el cual resaltan las blancas columnillas como en la boca de una gruta. A cada paso que se da en el patio, aquella selva de columnas parece moverse y desordenarse para tomar otra figura; detrás de una que parecía sola, se descubren dos, tres, una fila; otras desaparecen, se estrechan ó separan. Cuando mirais desde el fondo

de una sala, todo se os antoja mudado: los arcos de la parte opuesta, alejadísimos; las columnas, fuera de su sitio; los templetos, de diversa figura. Se vé á través de las paredes, y descúbreñse nuevos arcos y nuevas columnillas, aquí iluminados por el sol, allí en la sombra, ó esclarecidos apenas por la poca luz que pasa entre los calados del estuco, ó perdidos casi en la penumbra. Es un variar continuo de perspectivas, de lontananzas, de engaños, de misterios, creados tanto por la arquitectura y por el sol, cuanto por la imaginacion sobreexcitada y ardiente.

—¡Cómo sería este patio,—dijo Góngora,—cuando brillaba el mosaico en las paredes interiores del pórtico, resplandecía el oro en los capiteles de las columnas, estaban los techos y las bóvedas pintados de mil colores, las puertas cerradas por cortinas de seda, y los nichos llenos de flores; cuando el agua olorosa corria bajo los templetos y por las salas; cuando los leones despedían de sus anchas narices doce chorros que iban á caer en la fuente, y el aire estaba impregnado de los perfumes más deliciosos de la Arabia!

Nos entretuvimos allí cosa de una hora, que se nos pasó como un relámpago, é hice lo que hacen todos en aquel sitio, sean españoles ó extranjeros, hombres ó mujeres, poetas ó no poetas: pasé la mano por las paredes; toqué todas las columnillas, las estreché una por una como la cintura de una niña, me escondí entre ellas, las conté, las miré de cien partes; recorrí el patio en cien direcciones; probé si era verdad que diciendo de quedo una palabra á la

boca de cualquier leon se oía claramente en la boca de los restantes; busqué sobre el mármol las manchas de sangre de las leyendas poéticas, y fatigué los ojos y la memoria en los arabescos. Había algunas señoras. Las señoras hacen en el patio de los Leones toda suerte de niñerías: meten la cara entre las columnas gemelas; se esconden en los ángulos oscuros; se sientan en el suelo; están inmóviles horas y horas, soñando con la cabeza apoyada en la mano. Así hacían aquellas. Había una, vestida de blanco, que cuando pasaba por detrás de las columnas lejanas y creía no ser vista, tomaba un cierto andar muelle y majestuoso de sultana melancólica, y luego reía con una amiga: era encantadora. Mi amigo me decía:—Vamos,—y yo contestaba también:—Vamos;—pero no podía moverme. No solamente experimentaba un dulcísimo sentimiento de admiración, sino que me estremecía el placer, y hubiera querido tocar, excavar ¡qué sé yo! ver dentro de aquellos muros y aquellas columnas, como si fuesen de una materia misteriosa y se hubiera de descubrir en sus partes más íntimas la causa principal de la fascinación que aquel lugar produce. En toda mi vida he pensado ni dicho tantas gratas locuras, tantas necedades, tantas bagatelas, tantas cosas sin sentido como pensé y dije entonces.

—Pero es preciso venir aquí,—añadió Góngora,—cuando sale el sol, ó cuando se pone, ó cuando brilla de noche la luna, para ver colores, sombras y luces. Hay con qué perder la cabeza.

Fuimos á visitar los aposentos. A mano derecha

hay una sala llamada de la Justicia, á la que se llega pasando bajo tres grandes arcos, cada uno de los cuales corresponde á una puerta que da en el patio. Es larga y estrecha; de rica y atrevida arquitectura; las paredes cubiertas de intrincados arabescos y de preciosos mosaicos; la bóveda toda puntas, grupos y resaltes de estuco que penden de los arcos, á lo largo de las paredes, y que se amontonan aquí y allá, salen unos de otros, oprímense todos y se sobreponeen entre sí, disputándose el espacio como burbujas de agua en ebullicion, y presentando todavía por muchos puntos señales de los colores antiguos, que debian dar á aquella bóveda el aspecto de un pabellon cubierto de flores y de frutas colgantes. La sala tiene tres pequeñas alcobas, en cada una de las cuales se conserva una pintura árabe, que por el trascurso del tiempo y por ser extraordinariamente raros los trabajos de pincel que los árabes dejaron, han adquirido grandísimo valor. La pintura está dada sobre cuero, y el cuero pegado á la bóveda. En la estancia de en medio se destacan de un fondo dorado las figuras de diez hombres vestidos de blanco, con el capuchon en la cabeza, una mano en la cimitarra, y cojines recamados por asiento: se supone que son diez reyes de Granada. Las pinturas de los otros camarines representan castillos, damas y caballeros, escenas de caza y de amor, cuyo significado es difícil encontrar. Pero la fisonomía de los diez reyes corresponde admirablemente á la imágen que nosotros formamos de estas gentes: se ve en ellos aquel color aceitunado, aquellas bocas sensuales,

aquellos ojos negros, de mirada fija y misteriosa, que nos parece ver lucir continuamente en los ámbitos más oscuros de la Alhambra.

Al lado norte del patio hay otra sala llamada de las dos Hermanas, la cual ha tomado nombre de dos grandes losas de mármol que forman su pavimento. Es la más elegante de la Alhambra: pequeña, de forma cuadrada, cubierta por una de esas bóvedas en figura de cúpula que los españoles llaman media naranja, y sostenidas por columnillas y arcos dispuestos circularmente; toda labrada á manera de gruta, con infinidad de puertas y hendiduras coloreadas y doradas, y tan ligera á la vista que parece suspendida en el aire, y que al tocarla va á temblar como una cortina, ó á rasgarse como una nube, ó á desvanecerse como si estuviera formada por burbujas de jabon. Las paredes, cubiertas de estuco como en todos los demás aposentos y llenas de arabescos increíblemente espesos y delicados, son uno de los productos más admirables de la fantasía y la paciencia humana. Cuanto más se mira, más se estrechan y cruzan las innumerables líneas: de una figura nace otra, de la segunda una tercera, y las tres componen una cuarta que habia escapado á los ojos, y ésta se divide de repente en otras diez que tampoco se habian visto, y luego se rehace y trasforma nuevamente. No se acaba nunca de descubrir nuevas combinaciones; porque cuando las primeras aparecen por segunda vez, como ya están olvidadas, hacen el mismo efecto que al comienzo. Habria para perder la vista y la razon, si pretendiese

uno coger el hilo de aquel laberinto. A entrambos lados de la sala hay dos pequeños camarines; en medio una pila con su tubo para dar salida al agua, cuyo tubo está enlazado con el canal que viene á través del patio, desde la fuente de los leones. Frente á la puerta de entrada hay otra que da acceso á un salon estrecho y largo llamado de los Naranjos. Por una tercera puerta se pasa de aquí al pequeño camarin de Lindaraja, sobrecargado de adornos y cerrado por graciosísima ventana de dos arcos, que cae al jardin.

Para comprender toda la belleza de esta mágica arquitectura, es preciso salir del aposento de las dos Hermanas, atravesar el patio de los Leones, y entrar en la sala de los Abencerrajes, la cual está frente á la primera en la puerta del mediodia, y tiene la misma forma y ornamentos que aquella. Desde el fondo de la habitacion atraviesa la vista el patio de los Leones, pasa por las salas opuestas, penetra en el gabinete de Lindaraja y llega hasta el jardin de espesa verdura, atravesando los arcos de aquella preciosa ventanilla, que empequeñecidos por la distancia y llenos como están de luz en el fondo de los oscuros aposentos, parecen dos ojos abiertos para mirarnos y ofrecer desde allí no sé qué misterios de paraiso.

Vista la sala de los Abencerrajes, fuimos á ver los baños que hay entre la de las dos Hermanas y el patio de los Arrayanes. Bajamos una escalerilla, atravesamos un corredor estrecho y fuimos á parar al magnífico salon de los Divanes, donde descansaban

las hermosas de los reyes sobre tapetes pérsicos, al son de la cítara, despues de haberse bañado en las estancias inmediatas. Este salon, reconstruido sobre las ruinas del antiguo, y alicatado, pintado y dorado por artistas españoles segun debia estarlo aquél, puede considerarse como una habitacion del tiempo de los árabes que haya permanecido intacta en todas sus partes. En medio hay una fuente; á los lados dos especies de alcobas en que se componian las mujeres, y en otro lugar más alto las tribunas de los músicos.

En aquella sala trabajaba un pintor que llevaba tres meses copiando las paredes. Era un aleman. Lo conocia Góngora, y hubo de preguntarle:

—Es un trabajo que enloquece, verdad?

—No tanto,—respondió el pintor sonriendo y encorvándose de nuevo sobre su trabajo.

Lo miré como á un ente de otro mundo.

Pasamos á las estancias destinadas para el baño, que son pequeñas y abovedadas, y reciben la luz desde arriba por medio de claraboyas abiertas en el muro figurando estrellas y flores. Las pilas, tan grandes que tocan á las paredes, son de un solo trozo de mármol; los corredores, bajos y estrechos que apenas puede pasar un hombre: reina allí una frescura deliciosa. Al asomarme á uno de aquellos aposentos se apoderó de mí un pensamiento triste.

—¿Qué es lo que os apesadumbra?—me preguntó Góngora.

—Pienso,—respondí,—en la manera como vivimos nosotros, lo mismo por el verano que por el in-

vierno; en aquellas casas que parecen cuarteles; en aquellas habitaciones de piso tercero, ú oscuras ó inundadas por un torrente de luz, sin mármoles, sin agua, sin flores, sin columpillas. Pienso que hemos de vivir así toda la vida, y morir entre esas paredes, sin haber saboreado jamás la voluptuosidad de estos palacios encantados; pienso que también en esta vida terrenal se puede gozar inmensamente, y que yo no gozaré nunca. Pienso, en fin, que podía haber nacido hace cuatro siglos rey de Granada, y que he nacido por el contrario ahora para ser un pobre hombre.

Mi amigo se echó á reír, y apretándome un brazo como para darme un pellizco, me dijo:

—No piense V. en eso. Piense en cuánto de hermoso, de gentil y secreto deben haber visto estas pilas; en los piececillos que jugaron dentro de sus aguas perfumadas; en las largas cabelleras que se esparcieron sobre sus bordes; en los grandes ojos lánguidos que miraron al cielo á través de las claraboyas de estas bóvedas, mientras bajo los arcos del patio de los Leones resonaba el paso de un Califá impaciente, y los cien surtidores del palacio decían con su apresurado murmullo:—¡Ven, ven, ven!
—y en una sala perfumada, un esclavo, temblando siempre por la vida, cerraba las ventanas con cortinas color de rosa.

—¡Ay! déjeme V. en paz,—respondí encogiéndome de hombros.

Atravesando el jardín del gabinete de Lindaraja y un patio de aspecto misterioso llamado de la Re-

ja, llegamos por larga galería que mira al campo á lo alto de una de las torres exteriores de la Alhambra, donde está el llamado tocador de la Reina, que parece suspendido sobre el abismo como un nido de águilas.

El espectáculo que se goza desde allí (puede decirse sin miedo de ser desmentido), no tiene igual sobre la faz de la tierra.

Imagináos una inmensa llanura, verde como un prado cubierto de yerba nueva, atravesada en todos sentidos por interminables filas de cipreses, pinos, encinas y álamos, y sembrada de bosquecillos espesísimos de naranjos que á tanta distancia no parecen más que tableros de césped, así como de grandes huertos y jardines poblados de árboles frutales, que ofrecen casi el aspecto de otros vestidos de verdura; á través de esta llanura inmensa, el Genil que brilla por entre los bosques y jardines como una gran cinta plateada; en derredor colinas frondosas, y más allá de las colinas altísimas rocas de formas fantásticas, que ofrecen la imágen de lienzos de muralla y torres titánicas alzadas para separar del mundo aquel paraíso terrestre; allí cerca, bajo los ojos, la ciudad de Granada, parte extendida en el llano, parte á la falda de un collado, sembrada toda de grupos de árboles, de manchas, de masas irregulares de verdura que se elevan y ondulan sobre los tejados de las casas como enormes penachos, tendiendo á esparcirse, á unirse y á cubrir la ciudad entera; más bajo todavía, el valle profundo del Darro, no ya cubierto, sino colmado casi de prodigiosa vegetacion,

que surge de la tierra como una montaña, en la cual sobresalen aún los álamos gigantescos agitando sus copas bajo las ventanas de la torre, casi al alcance de las manos; á la derecha del otro lado del Darro, sobre una colina atrevida y esbelta como una cúpula, el palacio del Generalife rodeado de jardines aéreos, y medio escondido entre un bosque de laureles, de olmos y granados; por la parte opuesta, un espectáculo maravilloso, una cosa increíble, una vision de un sueño: la Sierra Nevada, las montañas más altas de Europa despues de los Alpes, alargando su corona de nieves hasta poca distancia de las puertas de la ciudad, hasta las alturas donde el granado y la palmera crecen, y donde se despliega con toda su magnífica pompa una vegetacion casi tropical. Sobre este inmenso paraíso, que encierra las gracias sonrientes de las tierras orientales y las severas bellezas del septentrion; que desposa á Europa con Africa, tributando al himeneo todas las maravillas de la naturaleza; que manda al cielo confundidos en uno sólo todos los perfumes de la tierra, sobre este valle bendito, imaginad el cielo, y el sol de Andalucía, cuando caminando al ocaso tiñe las alturas con divino color de rosa, y las faldas de las montañas con los colores todos del iris y con los reflejos de las más límpidas perlas azuladas; cuando corta sus rayos en mil matices de oro, de púrpura y ceniza sobre las rocas que coronan la llanura, y declinando ya por el encendido firmamento, arroja como su último saludo una corona luminosa en derredor de las torres de la Alhambra y de los ole-

ros floridos del Generalife, y ved si puede hallarse en el mundo algo más solenne, más glorioso ni más embriagante que esta fiesta amorosa del cielo y de la tierra, ante la cual hace nueve siglos que se estremece de voluptuosidad y palpita de orgullo la gentil Granada.

El techo del mirador de la Reina está sostenido por pequeñas columnas moriscas, y entre ellas se extienden arcos aplastados que dan al pabellon un aspecto extrañamente caprichoso y elegante. En las paredes pintadas al fresco, se ven á lo largo de las pinturas las iniciales de Isabel y de Felipe V, entrelazadas con amorcillos y flores. Junto á la puerta se conserva una piedra del pavimento antiguo, toda agujereada, sobre la cual dicen que se sentaban las Sultanas para envolverse en el humo de los perfumes que quemaban debajo. Todo respira allí amor y alegría. El aire es puro como en la cima de una montaña, y fragante con el aroma de los arrayanes y de las rosas; no llegan otros rumores que el murmullo del Darro cuando se rompe entre los peñascos de su escarpado lecho, y el canto de millares de aves escondidas en el ramaje espesísimo del valle: es un verdadero nido de enamorados; un gabinete colgante hecho para soñar; una gallería aérea hecha para subir á dar gracias á Dios por nuestra felicidad.

—¡Ay! Góngora,—exclamé despues de haber contemplado algunos momentos aquel espectáculo encantador;—daría diez años de vida por traer aquí con una varita mágica á todas las personas amadas que me esperan en Italia.

Góngora me señalaba un ancho trozo de pared cubierto todo de fechas y nombres escritos con lápiz y carbon, ó grabados con la punta de un cortaplumas por los visitantes de la Alhambra.

—Qué dice aquí?—me preguntó.

Acerquéme y dí un grito:

—Chateaubriand!

—Y aquí?

—Byron!

—Y aquí?

—Victor Hugo!

Creyendo haber visto toda la Alhambra así que bajamos del mirador de la Reina, cometí la imprudencia de decírselo á mi amigo. Si hubiese tenido en la mano un palo, creo que me lo descarga sobre la cabeza; no lo tenía, y se limitó á mirarme con el mismo aire con que me hubiera preguntado si estaba loco.

Volvimos al patio de los Arrayanes, y visitamos las salas que hay al otro lado de la torre de Comares. La mayor parte están medio en ruinas; otras transformadas; algunas enteramente derruidas, sin pavimento y sin techo. Pero todas merecen ser vistas por los recuerdos que despiertan, y para comprender bien la estructura del edificio. La antigua mezquita fué convertida en capilla por Cárlos V; un gran salon árabe en oratorio; aquí y allá se ven todavía restos de arabescos y artesonados de cedro esculpido; las galerías, patios y vestíbulos parecen los de un palacio devastado por las llamas.